

Versión en español de la entrevista publicada en “La biographie dans le monde hispanique (XVIe-XXe siècles)”, Publications de l’Université de Saint Etienne, 2000, pp. 189-196.

**La biographie de personnages historiques aujourd’hui. Entretien avec Bartolomé Bennassar et Jose Luis Gomez Urdanez.**

(Sólo respuestas de Gómez Urdáñez).

1. *¿Qué piensas de la oposición entre historia narrativa e historia estructuralista o institucional?*

Tras el fin de la "historia acotada" las rígidas barreras que separaban las formas de hacer historia se han desdibujado, lo que para mi es, hasta cierto punto, positivo. Al contrario de lo que opinan muchos puristas, creo beneficioso el "universo en expansión" (P. Burke), o mejor, la "pluralidad epistemológica" a la que, según S. Juliá, está abocada la historia en el futuro. La historia narrativa, que para mi no puede ser un método sino una forma de ofrecer los resultados, no se contrapone ni debe hacerlo con las formas de hacer historia, clásicas o rupturistas, "historia estructuralista" o "historia institucional". En realidad, la historia narrativa es sólo un intento de reencuentro con la demanda, con esa parte de la sociedad que siempre ha querido leer historia y que durante el dominio de la económica y social recibió más una suma de materiales que un conjunto de explicaciones. Por eso, la historia narrativa puede y debe ser el vehículo de la *nueva* síntesis.

Con todo, antes debe funcionar el laboratorio del historiador y en éste hay menos cambios de lo que parece. Los métodos siguen definiendo al historiador y es la base metodológica la que diferencia, como siempre, la buena historia de la mala historia. Sigo pensando como L. Febvre cuando pedía todo tipo de materiales para construir el edificio, pero, desde luego, no confundo los cimientos con los elementos decorativos.

2. *Utilizas la biografía de un monarca para reflexionar sobre relaciones de poder en su época ¿significa esto que el individuo sólo existe en el seno de una red de relaciones sociales, que es un “sujet globalissant” como sugiere Le Goff?*

Después de los grandes logros de la revolución historiográfica del siglo XX, la polémica sujeto individual-sujeto colectivo ha perdido interés. La historia, o es social o no es historia. La biografía a la manera del positivismo, con el único objeto de saber más sobre un personaje relevante, no sirve para resolver problemas históricos, que es la principal función del historiador. Tanto P. Bourdieu como G. Levi dejaron claro hace ya una década la inutilidad de ese tipo de biografía.

Uno de los grandes problemas clásicos es el de las relaciones de poder, quizás el que más necesita la reflexión sobre el papel del individuo, objeto por excelencia de la

comprobación empírica y, sin embargo, abandonado por la económico-social. Muchas ideas estereotipadas sobre el poder en el XVIII español sobreviven precisamente por la falta de comprobaciones empíricas. El historiador ha volado muy alto en este asunto y frecuentemente ha sido vencido por el subjetivismo teleológico: sabía que la revolución iba a llegar. También ha cedido a los tópicos al uso, como el del *ilustrado progresista*, y a la *dictadura de la teoría*. Evitar estos errores exige reforzar la base empírica, estudiar el *uso del poder*, su práctica cotidiana, lo que sólo puede ser abordado con la ayuda de la *nueva* biografía. Así me he planteado *Fernando VI o el proyecto reformista* de Ensenada –y en un próximo futuro, la aportación *estadista* de Wall–, como un medio para reflexionar sobre problemas complejos como, por ejemplo, las condiciones en que se forma el concepto de Estado *moderno* en España. La asunción del despotismo ministerial, medio de legitimación del poder de los servidores regios que no pertenecen a la aristocracia, y la modernización de la relación Monarquía-Estado a través de la creciente suplantación de los servidores de la *Domus Regia* por los servidores del *Estado* –lo que Carlos III se encuentra prácticamente hecho– son dos hipótesis que exigen la mediación del individuo y el conocimiento de su posición en la amplia trama social y política en cambio.

El historiador que es consciente de que la vida tiene *significado* y no es sólo un viaje de destino incierto, sólo puede contemplar al hombre en tanto que *ser social*, pero más aún en el caso del *hombre de poder*, una pieza en un complejo entramado de relaciones cuyo movimiento, aún el más pequeño, tiene efectos multiplicadores en todo el conjunto social. Es ese "conjunto" en permanente movimiento el que aporta *significado* a la vida del personaje y no al revés. Por eso, sólo estoy de acuerdo con el "sujeto globalizante" como sugiere Le Goff si se le toma como instrumento de laboratorio, pues el resultado final no puede presentar al sujeto individual como globalizador de nada; es la historia –la suma de *ideas históricas*– la que globaliza al personaje y no al revés. En definitiva, el "sujeto globalizante" es siempre la sociedad, la *surface social* de P. Bourdieu, por eso entiendo la biografía como un instrumento más de la historia social y, desde ella, abordo uno de los problemas clásicos cual es el de las relaciones de poder, entre otros. No creo que se pueda hacer de otra manera sin caer en esquematismos.

### 3. En el sentido que le da P. Nora ¿Es Fernando VI un "lieu de mémoire"?

No creo que Fernando VI sea un *lieu de memoire*. El XVIII español no es un siglo de reyes sino de ministros, y lo es de ministros no por su relevancia personal, su cultura o su inteligencia, su *mayor* o *menor* grado de ilustración –el tópico por excelencia–, sino porque algunos de sus proyectos y muchos de sus fracasos sirven para explicar fenómenos sociales, políticos y económicos cruciales, algunos de larga duración. El *lieu de memoire* del reinado de Fernando VI sería la conjunción entre Carvajal-Ensenada, dos hombres opuestos, pero unidos por la idea de Estado, una idea muy particular que se desdibuja cuando llega Carlos III. Ambos ministros representan la década cosmopolita del Madrid de las intrigas, una de las cimas de la Ilustración española –¡sin Carlos III!–, la que se forja en torno a los científicos Ulloa, Juan, Estachería, Latre, Solano, Piquer; a los diplomáticos Keene, Duras, Huéscar, Wall, Masones; a *lieux* emblemáticos como la academia de San Fernando, el catastro, los arsenales, el Real Giro ensenadista, los proyectos iconográficos para el palacio real, el teatro, Farinelli y la ópera... Por si faltara algo para completar este *lieu de memoire*, la literatura y la erudición –Isla, Torres,

Mayans, Feijoo, Flórez– se revelan por primera vez como agentes al servicio de las nuevas ideas políticas, la principal, la "invención" de España en torno al *primer Borbón español*.

Creo que esta gran conjunción, que he intentado llevar a mi Fernando VI, participa plenamente de las propuestas de P. Nora y conforma un *lieu de memoire*.

4. *¿Se debe el interés por la biografía al fin de las grandes ideologías o, más bien, se trata de una tendencia a la interiorización del sujeto? ¿Crees en la "illusion biographique" de Bourdieu?*

No creo que el interés por la biografía provenga del llamado fin de las ideologías. Lo que ocurre es que tras el triunfo de la filosofía pragmática de la *sociedad opulenta* occidental, el individuo se encuentra de nuevo ante el vacío cósmico, ante la *tragedia individual de vivir*, lo que puede ser fácilmente aprovechado por agoreros como Fukuyama y por historiadores falaces ganados por el escaparate. Como decía ya J. Conrad, la experiencia acaba con la inocencia de las ilusiones.

Hasta ahora la tragedia histórica la protagonizaban colectivos abocados a sufrir; a la historia llegaban el hambre, la muerte, el desamparo, pero como datos objetivables para recomponer la tragedia sufrida colectivamente. Comprenderla significaba reforzar la capacidad humana para vencerla –la ilusión de la Ilustración–, por lo que la historia era parte insustituible del proyecto social. La historia aportaba la experiencia.

Pero, en la actualidad, es *la vida en sí* de cada individuo, la *salud individual* –bienestar y seguridad–, lo que constituye el gran proyecto de la ideología triunfadora, un planteamiento al que la historia pura y dura sólo puede acarrearle molestias. Por eso la *sociedad opulenta* crea su *nueva* historia e incrementa el papel del individuo hasta llegar al esperpento de algunas biografías. El redescubrimiento de que "los ricos también lloran", la enajenación de las responsabilidades de los poderosos –curiosamente en esto sí se apela a la "sociedad del momento", a "los tiempos que les tocó vivir"– o la literaturización de los momentos placenteros de la vida de los personajes, presentando como descubrimiento histórico la concubina o el vicio secreto, no es más que la demostración de la desorientación de muchos historiadores, pero sobre todo, de su público, por otra parte creciente.

Coincido, por todo ello, con el planteamiento de P. Bourdieu sobre *la ilusión*, efecto, sin duda, de la nueva retórica del poder que necesita justificar el abandono de la vida como *significado*, justificándola como simple *trayectoria*. Afortunadamente, la mayor parte de las biografías que registra la historiografía española actual son más producto del laboratorio del historiador –aquí, la *surface social* sigue siendo imprescindible– que del deslumbramiento del escaparate. La prueba es que todavía la novela histórica goza de buena salud en España y el público culto no suele confundirla con los libros de historia.